

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Ezequiel de Olaso, *Escepticismo e ilustración. La crisis pirrónica de Hume y Rousseau*. Valencia, Venezuela: Universidad de Carabobo, 1981; 100 pp.

El pequeño volumen que nos ofrece Olaso consta de tres estudios: (a) la crisis pirrónica de Hume, (b) el escepticismo de Hume y (c) los dos escepticismos del Vicario Saboyano.

Dado que Hume se confiesa escéptico, especialmente en la versión pirrónica del escepticismo, a fin de aclarar el escepticismo humeano, Olaso procede a examinar o recuperar la doctrina pirrónica a través de Sexto Empírico, para después cotejarla con la interpretación que de ella hace Hume.

De la consideración del pirronismo antiguo, Olaso entresaca las etapas de la experiencia pirrónica: *isothéneia*, *epojé* y *ataraxía*. El pirrónico entra en crisis al captar que es imposible optar entre varias opiniones acerca del mismo asunto; todas ellas guardan entre sí una equivalencia o equipolencia (*isothéneia*) en el sentido de que no encuentra un criterio para preferir racionalmente una a otra. No hay actitud judicativa, se suspende el juicio (escepticismo maduro), y no sólo se está judicativamente indeciso (escepticismo inmaduro). La actitud no judicativa o la suspensión del juicio (*epojé*) se refiere al mundo de las opiniones especulativas, que introducen perturbaciones superfluas; pero no se refiere al mundo de las presentaciones, que afectan ineludiblemente: son perturbaciones inevitables. De la suspensión del juicio surge, así, una tranquilidad (*ataraxía*) con respecto a lo opinable, y conduce a una moderación (*metreopatía*) con respecto a lo inevitable. Este escepticismo —el pirrónico— es distinto del académico, que no renuncia a la probabilidad.

Pues bien, Hume —por su ambigua noción de “juicio”— da una interpretación falsa del pirronismo (como postura cognitivista, siendo que no lo es) y llega a una postulación de los requisitos del asentimiento o juicio que resulta inadecuada a su pretensión de escepticismo. No comprende la suspensión del juicio y por ello postula algunos criterios de verdad y falsedad: los razonamientos probables y las reglas complementarias. Y esto no es un escepticismo pirrónico, sino más bien un escepticismo académico. Olaso prueba esto analizando el concepto de *juicio* profesado por Hume y lo que se ha llamado su “crisis pirrónica”, que no llega a ser tal. Hume no busca la paz del alma por la suspensión del juicio, sino prescindir de la metafísica (pero no de la filosofía) y estructurar un conocimiento probable y riguroso.

Hume no distingue categorialmente dogmatismo y escepticismo, ni diversos tipos de escepticismos como el pirrónico y el académico, sino

que les adjudica sólo diferencias de grado. Según esto, se puede adoptar cada uno de ellos en dosis razonables, y, así, propone un modelo de escepticismo mitigado como actitud filosófica correcta. Olaso critica este supuesto y este modelo.

Primeramente hace ver la diferencia categorial entre estas posturas. Principalmente entre el pirronismo y el academicismo. Así, obtenemos que: (i) El pirrónico no afirma ni niega, ni siquiera probabilísticamente; en cambio, el académico afirma la probabilidad y distingue grados de certeza. (ii) El pirrónico no duda (sólo duda cuando es un escéptico inmaduro, después la duda es sustituida por la suspensión o *epojé*, la cual no es duda); en cambio, el académico duda, no tanto acerca de la verdad o la falsedad de las proposiciones, como de la identificación de los grados del conocimiento que oscilan entre lo verdadero y lo falso. (iii) El pirrónico no afirma la imposibilidad de conocer el mundo exterior, tal afirmación lo haría filosofar; en cambio, el académico se preocupa por adjudicar índices de cognoscibilidad a las cosas extramentales según criterios. (iv) El pirrónico no es fenomenista, porque los fenómenos lo harían cognitivista; en cambio, el académico tratará de determinar marcas para distinguir fenómenos fantásticos de fenómenos “reales” y proporcionará sus juicios a esas garantías relativas. (v) El pirrónico no es imposible: acepta las pasiones ineludibles, no las que tienen raíz en la opinión, y trata de llevarlas con *metreopatía*; en cambio, el académico sostiene que estar perturbado no es el peor de los males si hemos de enfrentarnos a la opinión. (vi) El pirrónico no está inactivo, lo cual le atrae muchas objeciones. (vii) El pirrónico es un gregario apolítico; en cambio, el académico es político. (viii) El pirrónico desconfía del lenguaje ordinario; en cambio, el académico estudia el lenguaje ordinario y hasta ambiciona aclimatar al latín los tecnicismos de la gnoseología griega.

A pesar de ello, Hume hace conmensurables el pirronismo y la filosofía académica, añadiendo que recomienda una mezcla de ambas, *i.e.* un escepticismo mitigado. Pero no son conmensurables —como suficientemente ha mostrado Olaso—, y el escepticismo mitigado nada tiene que ver con el pirrónico. Hume prefiere el probabilismo a la ignorancia, y su exigencia de fundamentos inteligibles lo aleja del pirronismo.

Además, en la sección XII de la *Enquiry*, Hume expone el escepticismo. Lo llama “pirrónico”, pero sólo conserva el nombre. Habla de escepticismo antecedente y consiguiente. El antecedente es rechazado y es recomendado un escepticismo moderado, pero que no es pirrónico sino académico. El consiguiente puede ser superficial o profundo. En cuanto al primero, lo ubica como sospecha de los sentidos, y no puede decirse que sea pirrónico, pues el pirrónico no cuestiona sólo los sentidos. El profundo cuestiona las cualidades de los objetos (primarias y secundarias), pero tampoco es pirrónico. Por tanto, la caracterización del pirronismo ofrecida por Hume contiene yerros notables.

Acertadamente —en vista de lo anterior—, Olaso dice que Hume es

más bien “un típico representante de la filosofía académica que se adhiere a la utilización del conocimiento probable y hasta difunde los beneficios que derivarían de una lógica de lo verosímil; auspicia la duda como compañera inseparable del conocimiento cauto; adhiere a las tesis relativas a la incognoscibilidad del mundo externo; es fenomenista; acusa al escéptico pirrónico de favorecer la impasibilidad y la mortal inacción” (pp. 57-58).

Olaso trata de entender por qué Popkin, y antes Laird, han visto a Hume como pirrónico. Tal parece que es el error de considerar conmensurables el pirronismo y el academicismo, difundido por Hume, lo que ha causado esa confusión.

En cuanto a Rousseau, Olaso hace observar que es de los pocos que no ha ofrecido una versión caricaturesca del escepticismo y que además, aunque ha ignorado las características auténticas de la búsqueda pirrónica, ha sido el único en llevarla hasta su consumación en los tiempos modernos.

El escepticismo del Vicario Saboyano es una crisis pirrónica que pretende ser superada con medios académicos. A diferencia del propio Rousseau, Olaso dice que la primera parte de la *Profession* es metafísica dialéctica o probable y no metafísica dogmática. En efecto, al Vicario le parece que las posturas metafísicas llevan a antinomias, y prefiere refugiarse en su convicción moral o de conciencia.

Los dos escepticismos del Vicario Saboyano son, por una parte, las antinomias a las que ve que conduce su propia metafísica, y, por otra parte, el seguimiento de la voz de la conciencia, que es el ideal del escepticismo pirrónico. Frente a esto, Olaso se pregunta —y creo que con mucha razón— acerca del posible influjo de Rousseau sobre Kant.

MAURICIO BEUCHOT

Renford Bambrough, *Moral Scepticism and Moral Knowledge*. London: Routledge & Kegan Paul, 1979; pp. 166.

El problema con que se inicia este libro se puede plantear así: ¿las cualidades morales radican en los objetos o en los sujetos (objetivismo vs. subjetivismo)? Paralelo a este planteo está el del lugar que ocupan la razón y los sentimientos en la ética. Kant, el objetivista, le da a la razón un lugar central. Hume, el subjetivista, se lo asigna a los sentimientos. El autor quiere presentar un marco, inspirado en Aristóteles, en el cual se preserve la objetividad, concediéndole un lugar central a las relaciones entre las emociones y el entendimiento. Su objetivo es también mostrar que la conciencia moral ordinaria está en lo cierto al considerarse a sí misma como una conciencia de cosas que no dependen para su existencia del hecho de ser aprehendidas. Es, dice el autor, un libro de epistemología.

El primer paso en su tarea es refutar el escepticismo moral y defender